Diego Sazo Muñoz · Editor

La revolución de Maquiavelo

El Príncipe 500 años después

CAIP.
Centro de Análisis e Investigación Política

RiL editores

UAI
Universidad Adolfo Ibáñez
Escuela de Gobierno

Diego Sazo Muñoz
(editor)

La Revolución de Maquiavelo

El Príncipe 500 años después

CAIP.
CENTRO DE ANÁLISIS E INVESTIGACIÓN POLÍTICA
RiL editores
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ
ESCUELA DE GOBIERNO

320.01 Sazo Muñoz, Diego
S La revolución de Maquiavelo. *El Príncipe* 500 años después / Editor: Diego Sazo Muñoz. – – Santiago : CAIP - UAI - RIL editores, 2013.

328 p. ; 23 cm.
ISBN: 978-956-01-0038-2

1 MACHIAVELLI, NICCOLÓ, 1469-1527-CONTRIBUCIONES EN CIENCIAS POLÍTICAS. 2. FILOSOFÍA POLÍTICA. 3. CIENCIAS POLÍTICAS

La revolución de Maquiavelo.
El Príncipe 500 años después
Primera edición: noviembre de 2013

© Diego Sazo Muñoz, 2013
Registro de Propiedad Intelectual
Nº 235.179

© RIL® editores, 2013
Los Leones 2258
751-1055 Providencia
Santiago de Chile
Tel. Fax. (56-2) 2238100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-0038-2

Índice

Nota del editor 11

Agradecimientos 19

Introducción

Moderno y polémico: Maquiavelo 500 años después 21
Diego Sazo Muñoz

Capítulo I. Poder y política

La previsión del futuro en Maquiavelo 51
Óscar Godoy Arcaya

Republicanismo, realismo y economía política en *El Príncipe* 73
Leonidas Montes Lira

Maquiavelo y la república. Notas críticas 93
Daniel Mansuy

Maquiavelo: ¿Filosofía versus Historia? 117
Gonzalo Bustamante

Las tres fortunas de *El Príncipe* 143
Miguel Saralegui

Capítulo II. Ética

La ética política de Maquiavelo: Gloria, poder y los usos del mal 165
Tomás A. Chuaqui

Maquiavelo y la ética de la responsabilidad política 201
Carlos E. Miranda

Capítulo III. Religión

A propósito de los principados eclesiásticos en Maquiavelo 213
Luis R. Oro Tapia

Maquiavelo y la concepción republicana de providencia 225
Miguel Vatter

Desafiando a la fortuna: Maquiavelo y el concepto de «milagro» 251
Ely Orrego Torres

Capítulo IV. Mitología y comedia

La *wer*tud maquiaveliana. El príncipe como centauro 269
Diego H. Rossello

La mandrágora: cómo el engaño triunfa sobre los engaños 287
Ernesto Rodríguez Serra

La finalidad de la comedia en Maquiavelo:
El ejemplo útil de la representación..... 297
Sebastián Guerra Díaz

Sobre los autores..... 323

Moderno y polémico: Maquiavelo 500 años después

Diego Sazo Muñoz
Centro de Análisis e Investigación Política

Nadie antes había argumentado que era función del conocimiento político instruir a los gobernantes en las técnicas del mal, porque nadie había pensado que la inmoralidad era el precio exigido por la supervivencia.
Sheldon Wolin[1]

En el amanecer de la modernidad, la vida y obra de Nicolás Maquiavelo deslumbra por su condición creadora y polémica. Fue un revolucionario y su legado en la historia es tal que el estudio de la política se suele dividir en un antes y después en torno a su figura. Nació el 3 de mayo de 1469, en la ciudad de Florencia, cuna del Renacimiento italiano y escenario de agudas luchas políticas, que con los años condicionarían su futura visión del mundo. La suya fue una familia con estrechez económica, ajena a los círculos de poder, pero con tradición cercana al cultivo de las artes y letras. «Nací pobre y aprendí antes a sufrir que a gozar», escribió alguna vez[2]. De su madre, Bartolomea, se sabe poco, aunque de Bernardo, su padre, se conocen mayores detalles, como el profundo interés por los libros y los pensadores clásicos. Nicolás fue el tercero de cuatro hijos y como el mayor de los hombres fue el que más cercanía afectiva e intelectual tuvo con su padre. De él heredó la pasión por la lectura y el buen humor, aunque no así el oficio de las leyes y el interés por los negocios.

La familia Maquiavelo vivía en una humilde casa en el sector de Santo Spirito, a pocas cuadras del Ponte Vecchio. La educación que recibió Nicolás fue discreta, principalmente por las deudas familiares que le impidieron asistir a las escuelas más privilegiadas de la Florencia renacentista. Sin embargo, por disposición de su padre, a los 8 años tuvo clases particulares con un famoso maestro de escuela, Paolo da

1 Sheldon Wolin, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 251.

2 Carta a su amigo Francisco Vettori, 18 de marzo de 1513. Nicolás Maquiavelo, *Maquiavelo, Antología* (Barcelona: Ediciones Península, 1987), 334.

Ronciglione, con quien aprendió gramática y rudimentos de latín clásico. Este aprendizaje sería fundamental en su acercamiento a los antiguos. A los doce, ya podía escribir por sí mismo composiciones en esta lengua y nutrirse de las enseñanzas de Aristóteles, Cicerón, Tito Livio, Plutarco o Tácito. De ellos nació su pasión por la historia y el estudio de la política. También su aproximación a la vida: no por nada transcribió con su puño y letra *La naturaleza de las cosas*, poema del romano Lucrecio que sublimaba lo fortuito y redimía al hombre del miedo a los dioses y la muerte, causas principales de la infelicidad humana[3]. Entre los modernos, siguió la ruta de Dante, Petrarca y Bocaccio. Del primero admiró su prosa y sabiduría; del segundo, su anhelo por una Italia unificada; y del tercero, su estilo de vida alegre, burlona e irreverente[4].

El telón de fondo de su adolescencia fue Florencia, ciudad deslumbrante que albergó lo más selecto del humanismo y Renacimiento italiano. Por sus calles circulaba una generación de mentes creadoras y audaces, dispuestas a sepultar la quietud y aletargamiento de la época medieval, demasiado atenta a la verdad eterna y abstracta en torno a la idea de Dios[5]. Aquí destacaron personajes como Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Pico della Mirandola o Marsilio Ficino, que se resistieron a la subordinación del hombre y su rol en la historia, rebelándose a través del rescate del arte y la promoción de lo que hoy denominaríamos las ciencias sociales y morales. La ciudad era gobernada por los Medici, familia rica, asociada a la banca y anquilosada en el poder por varias décadas. A la cabeza estaba Lorenzo el Magnífico, astuto gobernante que logró establecer un equilibrio político en la fragmentada península italiana. Fue así como el Reino de Nápoles, la Roma papal, la República de Venecia, el Ducado de Milán y la misma Florencia, pudieron conservar la paz por algunos años. Y si bien frágil e inestable, esta tranquilidad pública posibilitó el auge y grandeza de Florencia a través del desarrollo del comercio y la promoción de las artes humanas. Con todo, el gobierno Medici sufriría una embestida interna. Ocurrió cuando los Pazzi, también familia banquera de la nobleza florentina, conspiraron para acceder al poder de la ciudad. El escenario de la conjura fue la catedral de Santa María del Fiore, en momentos en que

---

9 Paul Rahe, «In The Shadow of Lucretius: The Epicurean Foundations of Machiavelli's Political Thought», *History of Political Thought* 28, 1 (2007): 30-55.

4 Maurizio Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo* (Barcelona: Tusquets Editores, 2002), 23.

5 Joaquín Barceló, «Selección de escritos teórico-políticos del humanismo italiano», *Estudios Públicos*, no. 45 (1992).

culminaba la misa dominical. Lorenzo y su hermano Juliano, concurrentes a la eucaristía del sacerdote, fueron atacados con cuchillos por miembros de la familia Pazzi y otros conjurados. Juliano se desangró en el suelo tras diecinueve puñaladas, mientras que Lorenzo logró huir del lugar con graves heridas. La respuesta Medici fue demoledora: los responsables fueron asesinados e incluso linchados por el pueblo, y los Pazzi, privados completamente de sus posesiones, perdieron todo vestigio de su nombre. El cruel evento remeció Florencia y sus alrededores. Era 1478 y Nicolás, de casi 10 años, contemplaba en su joven inocencia la impureza y brutalidad de las luchas por el poder.

Empero, el gobierno de los Medici no se prolongaría por mucho tiempo. Tras la muerte de Lorenzo, en 1492, lo sucedió su hijo Piero, quien con 20 años no pudo mantener los equilibrios políticos que gestionó su padre. El ocaso Medici llegaría solo 2 años después, cuando el rey Carlos VIII de Francia avanzó por tierras italianas para reafirmar sus derechos al trono de Nápoles. Florencia estaba en la hoja de ruta de las tropas y Piero, temeroso de la invasión francesa, cedió al rey el control de enclaves estratégicos para la seguridad y poderío de la ciudad. Su decisión fue muy impopular en Florencia, generando la rebelión de la élite y el pueblo, que en pocos días derribó al régimen mediceo. Desde ese momento, Piero pasó a la historia como «el Infortunado» y Florencia se abrió a una extraña opción de gobierno liderada por el fraile dominico Girolamo Savonarola.

Este fraile era de condición especial. Además de popular entre los devotos, llevaba años pronosticando la caída de la poderosa familia como señal divina contra los tiempos corruptos. Formulaba encendidas diatribas desde la cúpula de Brunelleschi y arremetía contra los vicios morales, enfrentándose al papado y promoviendo la pureza de la iglesia primitiva, la modestia, castidad y el amor al prójimo. Sus convocatorias eran masivas y no era exagerado afirmar que Florencia se rendía a sus pies, otorgándole la categoría de padre espiritual y político de la nueva república[6]. El proyecto savonaroliano consistía en lo opuesto a lo hecho por los Medici: en vez de instaurar una nueva Atenas, la aspiración era configurar una nueva Jerusalén, es decir, el reino de Dios en la tierra, con Cristo como su cabeza y el pueblo de Florencia, representado por el Consejo Grande, como su cuerpo[7]. Maquiavelo era un activo espectador de la vida política de la ciudad y por tanto era frecuente

---

6 Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, 43.

7 Miguel Vatter, *Machiavelli's The Prince. A Reader's Guide* (London: Bloomsbury, 2013), 5.

que concurriera a estas querellas públicas, aunque siempre distante de la multitud cautiva por los discursos del dominico. Si bien admiraba su convicción, descreía de su grave mirada sobre los asuntos del mundo, pues contradecían el enfoque alegre, escéptico y placentero que le enseñaron los clásicos como Lucrecio. Pero el vertiginoso auge de Savonarola fue seguido por una caída proporcional, ya que debió responder por sus denuncias contra la Curia romana. En marzo de 1498, fue interrogado y torturado, y a las pocas semanas condenado a muerte por hereje. Murió ahorcado en la Plaza de la Señoría, ante el furor y júbilo de las masas florentinas, las mismas que poco tiempo antes lo aclamaban como un santo redentor. Se cuenta que Maquiavelo, ahora joven, «de mediana estatura, figura esbelta, ojos vivos, cabello oscuro, cabeza más bien pequeña, nariz levemente aquilina y labios apretados», observaba la escena desde un rincón, en silencio y con mirada fija, intentado comprender el trágico destino de este «profeta desarmado».

Ingreso a la vida política (1498-1512)

La caída del fraile dominico abrió nuevos espacios en la naciente república florentina. Fue entonces cuando Maquiavelo, de 29 años y sin experiencia administrativa previa, accedió al puesto de secretario de la Segunda Cancillería. A su favor estuvo la distancia que tuvo con la facción política de Savonarola[8] y sus conocimientos en *studia humanitis*, de gran importancia para quienes asumían este tipo de roles en los asuntos públicos[9]. Entre las funciones de su cargo estuvo servir a los Diez de la Guerra, comité responsable de las relaciones diplomáticas de la República de Florencia, debiendo asistir a prolongadas comisiones al extranjero, actuando como secretario de sus embajadores y elaborando informes sobre asuntos exteriores[10].

Podemos imaginar la dicha de Maquiavelo. Ya sea por su propia virtud o por los intempestivos vientos de la fortuna, se ubicó en la vanguardia de la política florentina, siendo un espectador privilegiado de las luchas de poder de la época. Y no desaprovechó la oportunidad: en cada audiencia, en cada pasillo de las cortes que visitó, tomó nota de lo que acontecía, de los gestos y comportamientos de los poderosos. De ellos intentó descifrar los móviles de sus acciones; reconocer qué

8 Nicolás Maquiavelo, *Obras completas* (Madrid: Gredos, 2011), Estudio introductorio.

9 Quentin Skinner, *Maquiavelo* (Madrid: Alianza Editorial, 2008), 12.

10 Skinner, *Maquiavelo*, 15.

pensaban y qué proyectaban. De todo esto dejó constancia en sus cartas. Con todo, su trabajo no fue tarea fácil. Como su condición ante las poderosas potencias era la de un emisario que provenía de una república menor, sin armas propias y dependiente de fuerzas mercenarias, muchas veces fue ninguneado y debió aceptar la subordinación de los intereses de su Florencia.

Todas las labores encargadas a Maquiavelo dejaron huella y enseñanzas en su modo de comprender la política. La primera misión importante ocurrió en 1500, cuando tuvo que asistir ante el monarca francés Luis XII para solicitar ayuda en la reconquista de Pisa, enclave estratégico de la República florentina que se había independizado durante el gobierno de Piero el Infortunado. En esta tarea pasó al menos seis meses en Francia sin obtener grandes resultados, tratando de justificar lo injustificable y tolerando la humillación de su patria, a quienes los franceses llamaban la «Señora Nada»[11]. De esta expedición aprendió el valor del prestigio y la importancia de poseer cuerpos armados propios frente a otros gobiernos: Florencia no tenía ni uno ni otro.

La segunda misión sucedió dos años más tarde ante el duque César Borgia, capitán general de los ejércitos papales en la Romaña e hijo del corrupto y libidinoso papa Alejandro VI. En pocos meses, César Borgia había ampliado sus dominios territoriales mediante el uso de la fuerza y el engaño, eliminando toda resistencia a su poderío. Este ascenso creciente inquietó al resto de los potentados italianos y en especial a Florencia, que compartía fronteras con la Romaña y había sido advertida por el duque: «Si no me queréis como amigo, pronto me probaréis como enemigo»[12]. Maquiavelo fue enviado a conocer los planes de este príncipe avasallador y la experiencia lo marcaría para siempre. En los tres meses de su misión, sostuvo al menos veinticinco reuniones con el duque, a quien calificó en sus reportes como «victorioso y formidable», astuto, de gran fuerza de ánimo y con anhelo de hacer grandes cosas[13]. Maquiavelo se rendía ante sus condiciones, al identificar en su figura el liderazgo político que la débil e irresoluta República de Florencia necesitaba en su intento por no ser invadida por fuerzas extranjeras. De César Borgia también admiró su autonomía militar, pensamiento estratégico y carácter resuelto, que le permitía ser amado y temido por sus súbditos. Con todo, siempre recelaría de su sobrestimada confianza en los vientos de la fortuna. El secretario inmortalizaría las condiciones

---

11 Skinner, *Maquiavelo*, 17.

12 Marcel Brion, *Maquiavelo* (Barcelona: Vergara, 2003), 131.

13 Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, 88.

del duque unos años más tarde, cuando dedicara un capítulo de *El Príncipe* a su persona[14].

En otra misión, en 1506, Maquiavelo fue enviado a Roma para informar sobre el ascenso del nuevo pontífice Julio II, enemigo visceral de la familia Borgia y declarado promotor de la guerra para recuperar territorios perdidos por la Iglesia. En este escenario de inevitable confrontación, su misión consistió en presentar y justificar la posición neutral de Florencia. Julio II, que comandaba a caballo los ejércitos papales, aceptó los términos aunque no sin despreciar la condición insignificante de la República. Un nuevo golpe al orgullo del secretario, que amaba su patria más que a su propia alma según comentó a sus amigos. De este papa guerrero, Maquiavelo admiró su decidida voluntad de expulsar a los extranjeros del territorio italiano; asimismo su destreza como príncipe eclesiástico que disponía de la religión como una extensión política para el sometimiento de las voluntades. No obstante, desconfiaba de su impulsividad y temeridad ciega, que no acompañada de la fortuna con seguridad cimentaría su camino a la ruina. Y así finalmente ocurrió pocos años después.

Por último, en 1507, Maquiavelo fue destinado a tierras alemanas para concitar audiencia con el emperador Maximiliano de Habsburgo y conocer sus planes de marchar sobre Roma. En este caso, el secretario admiró la excelente organización militar, la riqueza y la libertad de las ciudades alemanas[15], pero despreció el carácter mediocre, inepto e irresoluto del gobernante.

En paralelo a estas funciones, Maquiavelo tuvo a su cargo la conformación de un genuino cuerpo de milicias armadas para Florencia. Quería que esta contara con un ejército nacional propio para su defensa, ajeno a las fuerzas mercenarias que respondían más al dinero que al cuidado y prestigio de la patria. Con este paso, Maquiavelo buscó emular el incipiente proceso de conformación del Estado que ya comenzaba a configurar el tablero político de Europa, como en España o Francia, pero aún muy distante de la fraccionada península itálica. De todos modos, el proyecto —que fue instituido en 1509 con el nombre de los Nueve de la Milicia, inspirándose en el modelo de la antigua República romana[16]— generó algunas resistencias entre la aristocracia florentina no solo por el aumento de impuestos para su financiamiento, sino por considerarse un paso previo a una tiranía de quienes estaban

---

14 Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe* (Madrid: Espasa Calpe, 2011), VII, 62-68.

15 Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, 124.

16 Brion, *Maquiavelo*, 172-173.

a cargo de la república[17]. Sin embargo, para Maquiavelo constituía una necesidad para la supervivencia de Florencia, ya que para conservar los Estados «no son suficientes los estudios y los libros»[18], sino que se requieren armas propias que aseguren el monopolio legítimo de la fuerza. Uno de los grandes logros de esta milicia fue recuperar la ciudad de Pisa ese mismo año.

Pero la tempestad de la república estaría cerca. Ante la arremetida militar de Julio II, los sistemas de alianzas en la política internacional europea se alteraron. En 1511, el papa guerrero selló un acuerdo con el rey Fernando de España, Enrique VIII de Inglaterra y el emperador Maximiliano, en contra del poderío francés. Los motivos eran querellas espirituales y territoriales. Florencia era una aliada incondicional de Francia, por lo que en ese escenario quedó rodeada e indefensa. A los pocos meses, los franceses serían derrotados, abriendo la puerta para la debacle republicana. Por cierto, las fuerzas triunfadoras, aliadas de los Medici, exigieron el regreso de la familia a la ciudad, junto con la deposición de Piero Soderini, *gonfaloniero* y líder del gobierno republicano. La exigencia fue rechazada por el Consejo y las tropas florentinas, que no tan fuertes ni numerosas, se alistaron para la defensa de la comarca. Prato, que era un pequeño enclave de Florencia ubicado en la ruta de las fuerzas invasoras que se aproximaban, fue arrasado con una brutalidad pocas veces antes vista. En el saqueo murieron cuatro mil personas y la noticia aterrorizó a los florentinos, que eran los siguientes en la mira de las fuerzas españolas. Para evitar la masacre, las críticas a Soderini aumentaron y el soporte al modelo republicano se evaporó; si las masas antes cuestionaron a los Medici, ahora abrían los brazos en señal de bienvenida. Era septiembre de 1512, y sin mediar resistencia alguna, la ciudad se rindió ante las fuerzas de ocupación que facilitaron el regreso de los Medici al poder tras 18 años de exilio.

Destitución y exilio: la vida fuera de la política (1513-1517)

Este cambio traería graves consecuencias en la arquitectura institucional de la ciudad y en especial para Maquiavelo, ya que a los pocos días del retorno de los Medici se decretó la abolición de los Nueve de la Milicia, proyecto en el que trabajó con tanto esfuerzo y pasión. Y tan solo dos meses después le notificarían la destitución de su

[17] Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, 92.
[18] Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, 136.

cargo como secretario de la Cancillería, tras 15 años de funciones. ¿Las razones? Posiblemente por su cercanía con Soderini y los ideales de la fenecida república. A su despido se agregaron otros tres requerimientos: el confinamiento por un año en territorio florentino, el pago de una garantía monetaria cercana a los mil florines y la prohibición de ingresar al Palazzo Vecchio durante un año[19]. Como señala su biógrafo Maurizio Viroli, la decisión no podía ser más cruel: «El trabajo de secretario era su vida, y se lo quitaban; ansiaba muchísimo viajar y conocer nuevos horizontes y lo encierran dentro del dominio; el Palacio Vecchio era su verdadera casa, y le cierran las puertas en la cara»[20].

Pero la amargura de Maquiavelo no terminaría ahí, ya que dos meses después fue acusado de participar en una conjura contra los Medici, siendo apresado por veintidós días. Allí fue golpeado y torturado con el fin de arrancarle una confesión que comprobara su supuesta sedición. El método que le aplicaron fue «la garrucha», que consistía en atarlo de manos en la espalda y luego levantarlo lentamente mediante una polea ubicada en el techo. Lo hicieron caer seis veces con violencia, pero sin que llegara a tocar el suelo. La maniobra significaba un terrible dolor y con frecuencia la dislocación o la fractura de las clavículas[21]. Su suplicio culminaría, en marzo de 1513, con la muerte de Julio II y el ascenso del cardenal Juan de Medici (León X) a la cabeza de la Curia Romana. El anunció generó la algarabía en las calles de Florencia y otorgó las condiciones para que los Medici declararan una amnistía general sobre los procesos judiciales de los opositores al régimen.

Golpeado y abatido, Maquiavelo —de 44 años— se retiró a su pequeña granja en Sant' Andrea, a unos 10 kilómetros de Florencia, alejándose forzosamente de la vida política que había animado sus acciones en los últimos años. Deseaba «permanecer lejos de cualquier rostro humano», según escribió a un amigo[22]. Este cambio abrió una nueva etapa para el ex secretario, ya que a pesar de sus sucesivos intentos por reintegrarse al servicio público, nunca más volvería a desempeñarse en cargos de relevancia como lo hizo en la época republicana. De ahora en adelante sería un espectador más de los asuntos políticos, sin poder participar directamente de ellos. Aunque, visto en perspectiva, este ocio

---

19 Maquiavelo, *Antología*, 335.

20 Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, 163.

21 Corrado Vivanti, *Maquiavelo. Los tiempos de la política* (Buenos Aires: Paidós, 2013), 91.

22 Nicolás Maquiavelo, *Textos literarios* (Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2010).

obligado posibilitaría la creación de sus obras más sublimes, que modificarían el horizonte de la teoría política moderna.

El cambio en el teatro de acciones fue brusco para Maquiavelo. Por cierto, su vida en Sant' Andrea pasó de los palacios y cortes reales a los campos toscanos y la cosecha de cultivos. Asimismo, las audiencias con generales y príncipes se relevaron por charlas con campesinos y taberneros de la zona. También su situación económica se vio disminuida, empujándolo a trabajar la leña de sus campos y otros productos. Para calmar su inconformidad escribía, y mucho. Escribía permanentemente a su amigo Francisco Vettori, embajador de Florencia en Roma, solicitándole sus gestiones para interceder ante el papa Medici y conseguirle un trabajo. Aunque no obtuvo respuesta positiva, Maquiavelo vio en Vettori su confesor, de penas, alegrías y angustias.

En uno de sus intercambios epistolares, le relató su menoscabada situación diaria: que se levantaba temprano en la mañana y cazaba tordos con la mano; luego se dirigía al bosque de su campo y charlaba animosamente con trabajadores que cortaban la leña. En este recorrido matinal siempre llevaba bajo el brazo algún libro de Dante o Petrarca. De ahí buscaba una fuente y recostado en un borde leía sobre las pasiones amorosas y gozaba un buen rato con estos pensamientos[23]. Luego, al trasladarse a la aldea, buscaba a viajeros de paso para consultarles sobre la situación política de Florencia y otras latitudes (el contexto había cambiado, pero no su pasión por los asuntos públicos). Más tarde se juntaba con amigotes panaderos, carniceros y molineros y se «envilecía» todo lo que quedaba del día jugando a las cartas y las damas, de donde surgían «disputas e infinitos insultos con palabras injuriosas»[24]. En esa circunstancia, sacaba de su cabeza todo resto de orgullo y desahogaba el desconsuelo por su fatídica fortuna, que lo alejaba de la vida política que tanto anhelaba recuperar. Sin embargo, al final del día, Maquiavelo encontraba alivio para continuar su existencia:

> Llegada la noche, me vuelvo a casa y entro a mi escritorio; en el umbral me quito la ropa de cada día, llena de barro y de lodo, y me pongo paños reales y curiales. Vestido decentemente entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde recibido por ellos amistosamente, me nutro con aquel alimento que es mío y para el cual nací; no me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles por la razón de sus acciones, y ellos con su humanidad me responden; durante cuatro

23 Maquiavelo, *Antología*, 409.
24 Maquiavelo, *Antología*, 409.

> horas no siento pesar alguno, me olvido de toda preocupación, no temo a la pobreza, no me da miedo la muerte: me transfiero enteramente a ellos. Y como Dante dice que no hay ciencia si no se retiene lo que se ha aprendido, he tomado nota de aquello de lo que en mi conversación con ellos he hecho capital y he redactado el opúsculo *De principatibus*, donde profundizo en la medida de mis posibilidades en las particularidades de este tema, discutiendo qué es un principado, cuántas son sus clases, cómo se adquieren, cómo se conservan, por qué se pierden[25].

Esta misiva, fechada el 10 de diciembre de 1513, constituyó en rigor la primera ocasión en que Maquiavelo hizo referencia explícita a la creación de *El Príncipe*[26]. El motivo para escribir la obra estuvo en ganar la gracia de los gobernantes para obtener un puesto de trabajo. De ahí que en la dedicatoria inicial del texto, dirigida al joven Lorenzo de Medici —jefe del régimen y sobrino del papa León X— declarase que no contaba con enseres más preciados para ofrecer que «el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos y una continua lectura acerca de los antiguos»[27].

En pocas palabras, *El Príncipe* era un opúsculo sobre los usos del poder para adquirir y conservar principados. Por su forma, se inscribía en el popular género «espejos de príncipe», obras destinadas a instruir a los monarcas sobre cómo gobernar en concordancia con los preceptos morales. Sin embargo, la propuesta maquiaveliana transgredió dichos principios —representados en fuentes clásicas como *La educación de Cyrus*, de Jenofonte, o *Sobre la clemencia*, de Séneca[28]— al aproximarse al estudio de lo político desde una trinchera basada en la realidad factual, sin considerar aspectos de orden normativo ni religioso. Para Maquiavelo no tenía un valor relevante formular análisis sobre «repúblicas y principados que nadie ha visto ni ha conocido jamás», pues quienes concentraban sus esfuerzos en construir escenarios políticos sobre lo irreal «antes conocen la ruina que su propia conservación»[29]. Soslayó el bien común o la organización del Estado en conformidad con los principios de la justicia y la ley; más bien se orientó a entregar

---

25 Maquiavelo, *Antología*, 410-411.

26 Federico Chabod, *Escritos sobre Maquiavelo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), 147.

27 Maquiavelo, *El Príncipe*, Dedicatoria, 33.

28 Vatter, *Machiavelli's The Prince,* 22.

29 Maquiavelo, *El Príncipe*, XV, 109.

técnicas de dominación para cautelar el orden, estabilidad, seguridad y armonía al interior de un territorio. Asimismo alteró los criterios de evaluación moral, al separar la política de la ética, vindicando los valores de la simulación, el engaño y la fuerza según la necesidad de las circunstancias. Finalmente, exhortó a la emancipación y unificación de Italia a través de la conformación de una unidad política fuerte, soberana y secular.

Con todo, la genialidad de esta obra no tendría correspondencia con su recepción. Basta mencionar que Maquiavelo envió el texto a su amigo Vettori para que lo comentara y evaluara la opción de presentarlo ante el pontífice Medici. Tras leerlo, Vettori respondió con distancia que le había «gustado en sumo grado», pero que prefería esperar una vez versión más acabada «para emitir un juicio resuelto». Curiosamente, como afirma Viroli, esta fue la primera opinión que se formuló sobre «uno de los mayores trabajos sobre política que jamás se hayan escrito»[30]. *El Príncipe* llegaría a manos de Lorenzo de Medici —a quien estaba dirigido— dos años después de ser escrito, en 1515, durante una ceremonia de obsequios para el gobernante. Se cuenta que Lorenzo, al recibirlo, lo observó sin mayor interés y despachó con rapidez para centrar su atención en unos perros de caza que le fueron regalados[31]. Esta indiferente recepción del texto consumía a Maquiavelo en la amargura y desilusión por lo que consideraba su trabajo más eminente. Al final, *El Príncipe* solo trascendería entre su círculo más cercano, viendo la luz pública cuatro años después de la muerte del autor (1531).

Tras el año de exilio en su propia patria, Maquiavelo retornó a la ciudad de Florencia junto a su leal esposa, Marietta Corsini, y sus seis hijos. El veto de la familia Medici se mantuvo sobre el ex secretario por lo que debió mantenerse alejado de las funciones públicas. En 1516, encontró una atractiva distracción en los jardines de Orti Oricellari, lugar donde celebraba debates literarios y filosóficos junto a sus jóvenes amigos republicanos. Si bien las reuniones se remontaban a una noble tradición humanista, con el tiempo adquirió una dimensión más política, de corte antitiránico e inspirada en el recuerdo de la Roma republicana[32]. En este lugar encontró consuelo y satisfacción; también la motivación para continuar escribiendo sobre aquello que tanto lo apasionaba y conmovía. Fue así como elaboró los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, su obra más extensa y referida al estudio

30 Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, 187.
31 Maquiavelo, *Obras completas*, XLVI.
32 Vivanti, *Maquiavelo. Los tiempos de la política*, 119.

del gobierno republicano. Como afirman algunos comentaristas, los *Discursos* presentan el total de su doctrina política, exponiéndose una defensa del modelo republicano, en tanto garantía más adecuada para la seguridad y el despliegue de la libertad de los ciudadanos. Admirador de la antigua grandeza de Roma, Maquiavelo volcó su atención al período republicano e identificó los elementos que aseguraban esta garantía: la adopción de una constitución mixta, basada en una estructura institucional flexible, de equilibrios y controles mutuos, donde no pudieran dominar ni las élites ni el pueblo[33]. Con todo, concedió al pueblo las condiciones para actuar como garante de la libertad, en tanto agente menos interesado en la dominación de los otros. Al concluir la obra (1519), Maquiavelo la expuso en los jardines de Orti Oricellari, siendo aclamada por sus amigos, dos de ellos a quienes dedicó fraternalmente el texto. Al igual que *El Príncipe*, su publicación masiva no sería sino hasta unos años después de la muerte del autor.

Fin del ostracismo interno y nuevas facetas (1518-1526)

Con esta obra creció el prestigio de Maquiavelo en las letras, pero su precaria condición económica se mantenía. Fue entonces cuando adecuó sus ilustres aptitudes literarias al género de la comedia, en búsqueda de un soporte que pudiera proveerle recursos para mantener a su familia. Con esa motivación práctica compuso *La mandrágora* (1518), obra cómica que se exhibió en Florencia y otras ciudades, convirtiéndose en un éxito y proporcionándole ingresos y popularidad en la época. Trataba sobre un juego de engaños en clave picaresca, donde un hombre apuesto y viril desplegaba todas las estrategias posibles para poseer a una bellísima mujer comprometida[34]. Sobre la base de la trama algunos estudiosos han señalado que el argumento podría esconder un retrato caricaturesco de la conquista principesca del Estado y la relación virtud-fortuna[35]. De cualquier manera, Maquiavelo supo exponer a través de este popular género las grandezas y miserias de la naturaleza humana, exaltando la astucia, justificando la simulación y cuestionando duramente los vicios de la Iglesia católica, en un anticipo de lo que sería pocos años después el proceso de reforma religiosa. La

33 Cary Nederman, *Machiavelli. A Beginner's Guide* (Oxford: Oneworld Publications, 2009), 93.
34 Nicolás Maquiavelo, *La mandrágora* (Madrid: Tecnos, 2008).
35 Maquiavelo, *Obras completas*, LI.

obra es considerada hasta nuestros días como una de las mayores creaciones cómicas de la literatura italiana[36].

El éxito de *La mandrágora* le proporcionó a Maquiavelo una tranquilidad económica con la que pudo aliviar los años de ingrata fortuna. Con esto pudo retomar uno de los estudios que más lo apasionó en su condición de multifacético hombre renacentista: la estrategia militar. Fue así como, en 1519, empezó la redacción de *El arte de la guerra*, texto en formato de diálogo socrático donde se discutían asuntos militares en boca de personajes del círculo de Orti Oricellari (Cosme Rucellai y el experimentado militar Fabrizio Colonna). En estas líneas, Maquiavelo desplegó nuevos argumentos en favor de la fuerza pública como resguardo de las instituciones políticas, afirmando que un Estado que no cuenta con ayuda militar para la defensa del bien común de los hombres se «derrumba como las habitaciones de un magnífico y regio palacio real, resplandecientes de oro y pedrería, cuando carecen de techo o de defensa contra la lluvia»[37]. Desde su perspectiva, la guerra debía practicarla la ciudad armada y ser conducida por jefes públicamente elegidos y sometidos al mando y a la autoridad del Estado, idea en total sintonía con el posterior desarrollo de control constitucional en las legislaciones de Occidente. Fustigó a las fuerzas mercenarias por su frágil compromiso hacia las instituciones, en tanto sus acciones respondían exclusivamente a incentivos económicos. Las consideraba una directa amenaza y por tanto optaba por promover la constitución de cuerpos armados autónomos que fueran capaces de vincularse espiritualmente con la defensa de la nación. Así, Maquiavelo se preguntaba: «¿En cuál hombre debe buscar la patria mayor fe sino en aquel que ha jurado dar su vida por ella?»[38]. El texto se publicó en 1521 y sería el único que el autor lograría ver en circulación durante su vida.

En términos de recepción, *El arte de la guerra* alcanzó un reconocimiento de proporciones, llegando a ser ampliamente comentado en los círculos de poder de la ciudad. Con ello, Maquiavelo se erigía como uno de los exponentes más destacados en asuntos militares de la época. Con todo, la condena implícita de los Medici seguía vigente sobre su persona, aunque menos severa tras la muerte de Lorenzo (1519), que era el de mayores aprensiones ante un posible nombramiento como funcionario público. Fue en ese contexto que Lorenzo Strossi, su amigo

---

36 Vivanti, *Maquiavelo. Los tiempos de la política*, 139.

37 Nicolás Maquiavelo, «El arte de la guerra», en *Obras completas* (Madrid: Gredos, 2010), 94.

38 Maquiavelo, «El arte de la guerra», 94.

y a quien había dedicado *El arte de la guerra*, gestionó con éxito una reunión con el cardenal Giulio de Medici para presentar los contenidos de esta obra tan comentada. El talento narrativo y la pericia militar sorprendieron al cardenal, que mostró interés en emplear los servicios del ya viejo Maquiavelo.

Fue así como a los 52 años volvió a ser llamado para desempeñar misiones diplomáticas, que si bien sin la alta jerarquía del pasado, al menos le permitirían desempeñarse en asuntos de interés para la ciudad. En julio de 1520, fue enviado por dos meses a la ciudad de Lucca para gestionar algunos asuntos económicos y durante esta estancia escribió la *Vida de Castruccio Castracani*, biografía sobre el formidable héroe de Lucca que intentó unificar la provincia de la Toscana a través de exitosas conquistas militares. Si bien en el texto Maquiavelo privilegió el relato por sobre la acuciosa investigación histórica, su objetivo fue representar el ideario de un príncipe virtuoso capaz de fundar un nuevo Estado[39]. La obra volvió a ser comentada ante sus amigos de Orti Oricellari, quienes aplaudieron la nueva creación y estimularon a su amigo a continuar desarrollando el género histórico. La obra llegaría prontamente a oídos de los Medici, que al volver a comprobar la ilustre capacidad literaria, le encargaron escribir nada menos que una *Historia de Florencia*. La decisión de Giulio significó un paso más en el acercamiento entre las partes: Maquiavelo aceptó gustosamente el encargo, pese a que algunos amigos le advirtieron el riesgo que suponía una obra de naturaleza histórica, ya que debía juzgar y pronunciarse sobre acontecimientos políticos pasados, lo que posiblemente lo induciría a comprometerse con el legado de los Medici, que eran los entonces gobernantes y a la vez financistas del proyecto[40]. Sin embargo, para el ex secretario la imparcialidad era una aspiración imposible en el género humano, por lo que se entregó con pasión y sin complejos a la tarea de escritura, concluyendo en 1525.

Como se ve, la fortuna ya no era tan ingrata con el destino de Maquiavelo y finalmente le sonrió en el ocaso de su vida. Era cierto que la acción en cortes y pasillos reales no volverían, pero al menos su trabajo cobraba valor ante quienes detentaban el poder y eran capaces de liderar procesos de transformación política en Florencia. Recordemos que Maquiavelo guiaba sus acciones por una alta cuota de pragmatismo y afición por los asuntos públicos, por lo que no tenía

---

39 Nicolás Maquiavelo, «Vida de Castruccio Castracani», en *Obras completas* (Madrid: Gredos, 2010).

40 Brion, *Maquiavelo*, 265.

complejos en desplegar sus destrezas en favor de una familia que tanta aflicción le había cometido. Al final este acercamiento con los Medici le permitió establecer relaciones con influyentes personajes del período, como Francesco Guicciardini, destacado político e historiador leal al gobierno, con quien cultivo una amistad hasta los últimos días de su vida. Guicciardini, que provenía de una ilustre familia y era el comisario general de las tropas de la Santa Sede, reconoció en Maquiavelo una figura creadora que desafiaba los contornos de la época, describiéndolo como «extravagante respecto de la opinión común e inventor de cosas nuevas e insólitas»[41]. Asimismo, identificó en él a un personaje de complejidad mayor, al que sus aparentes contradicciones argumentales no significaban sino una jugada estratégica, dado que el mismo Maquiavelo le afirmó: «Yo no digo nunca lo que creo, ni creo nunca lo que digo, y si se me escapa alguna verdad de vez en cuando, la escondo entre tantas mentiras que es difícil reconocerla»[42]. Desarrollaron una mutua admiración intelectual que se animó con desacuerdos acerca de la importancia de una Italia unificada o bien la sublimación de la antigua Roma como modelo a seguir[43].

Ocaso y muerte (1527)

En 1527, los tambores de guerra asediaron Italia y anticiparon una nueva ocupación en el territorio por parte de ejércitos extranjeros. En esta ocasión el rey francés Francisco I se alineó con el papa Clemente VII para enfrentar al Imperio español, concentrado en la conquista del nuevo continente. Sin embargo, Carlos V de España, temeroso de que la unión de los Estados italianos se hiciera realidad algún día, respondió al reto enviando a su ejército a apoderarse de la Santa Sede[44]. En pocos días cayó Roma y fue fatalmente saqueada por las fuerzas invasoras. Todo esto provocó un dolor desgarrador al viejo Maquiavelo, ya que su tierra Italia volvía a ser azotada sin capacidad de contener el asedio enemigo. Le indignaba que los propios italianos, que deberían haberla salvado, finalmente por intereses personales desmembraran su patria en lugar de defenderla. Igualmente tenía decepción, ya que todos los hombres que habrían sido capaces de liderar los cambios habían recibido la

41 Maquiavelo, *Obras completas*, LV.

42 James B. Atkinson y Davis Sices, *Machiavelli and His Friends: Their Personal Correspondence* (DeKalb: Northern Illinois Press: 2004), xx-xxi.

43 Felix Gilbert, *Machiavelli & Guicciardini. Politics and History in Sixteenth Century Florence* (New York: W. W. Norton and Company, 1984).

44 Brion, *Maquiavelo*, 297.

dura afrenta de la fortuna: Lorenzo el Magnífico, César Borgia, Julio II y Clemente VII[45]. La noticia de la caída de la Ciudad Eterna aterrorizó al resto de las ciudades italianas, en especial a la Florencia medicea, que tenía alta cuota de responsabilidad en la caída producto de las acciones del papa Medici. Al final la familia Medici volvió a ser expulsada, reinstaurándose un régimen republicano de orientación radical. Con esto se abrieron nuevos tiempos y Maquiavelo admitió la esperanza de mejorar sus opciones ante un gobierno cercano a su ideario político. Pero su mala fortuna volvía arremeter contra sus planes, ya que la nueva generación de republicanos desconfió de él producto de su estrecha relación con los Medici en los últimos años. Algunos más concretamente lo rechazaban por conocer el contenido de *El Príncipe*, que lo hacía aparecer como un férreo defensor del gobierno principesco[46]. Por otro lado, estaban los sectores savonarolianos, que lo consideraban un hereje por sus escritos contra la religión[47].

El desastre político de Italia y sus nulas opciones de incorporación en la república afectaron severamente su salud. A los pocos meses cayó enfermo por dolores al estómago que derivaron en una peritonitis fatal. Según el jesuita Étienne Binet, durante su reposo, Maquiavelo relató a sus amigos que fueron a visitarlo un sueño que con el paso de los años se hizo famoso como el «sueño de Maquiavelo». Dijo haber visto «dos hileras de hombres. La primera era una muchedumbre de personas de aspecto humilde y harapiento, y al preguntarles de quienes se trataba, le respondieron que eran los espíritus bienaventurados que iban rumbo al Paraíso». El segundo grupo estaba conformado por «hombres de aspecto solemne, bien vestidos y de aspecto grave: eran los condenados al infierno, entre los que pudo distinguir a Platón, Plutarco, Tácito y otros famosos literatos de la Antigüedad». Sus amigos, atentos al relato del sueño, le preguntaron en qué fila prefería ubicarse. Maquiavelo no vaciló: el infierno de los filósofos le parecía mucho mejor que el paraíso de los miserables, ya que «con aquellos podría discutir sobre política antes que morirse de tedio con los santos y beatos»[48]. Como correctamente señala Viroli, en el relato del sueño «aparecen todas las cualidades de Maquiavelo: burlón, irreverente, dotado de una sutilísima inteligencia; poco preocupado por el alma, la vida eterna y el pecado; fascinado por

45 Brion, *Maquiavelo,* 298.
46 Maquiavelo, *Obras completas*, LIX.
47 Maquiavelo, *Obras completas*, LIX.
48 Maquiavelo, *Obras completas,* LX.

las cosas y hombres dotados de grandeza»[49]. Murió el 21 de junio de 1527, a los 58 años. Desde entonces sus restos descansan en el interior de la basílica de Santa Croce, en Florencia, donde reza sobre su sepulcro un singular pero merecido epitafio: *Tanto nomini nullum par elogium*[50].

De autócrata a populista: interpretaciones sobre Maquiavelo

La lucha por la interpretación de Maquiavelo sigue vigente hasta nuestros días. Si bien esto ocurre con regularidad en los autores que teorizan sobre lo político, por cuanto se pronuncian sobre temas cuya comprensión es incompatible con la neutralidad[51], el caso del florentino destaca por el alto antagonismo y diversidad de aproximaciones en torno a su pensamiento. Mientras en el estudio de otros teóricos políticos —como Locke o Marx— se han logrado formular consensos generales acerca de la ubicación ideológica u objetivos de sus discursos, en el caso de Maquiavelo la amplia brecha de interpretaciones ha imposibilitado una lectura concluyente sobre su legado político.

Según Isaiah Berlin, existen al menos veinte lecturas disímiles sobre su pensamiento[52], número que continúa creciendo ante el descubrimiento de nuevas fuentes primarias[53] y la conmemoración de los 500 años de su obra *El Príncipe*[54]. Entre las perspectivas que más se destacan, están aquellas que lo consideran un científico de la política, un apasionado patriota, un defensor del republicanismo, un promotor de la democracia radical o simplemente un consejero de tiranos.

En el primer caso, la postura cientificista reconoce a Maquiavelo como un teórico con pretensiones de objetivismo, en tanto la evidencia empírica constituye el pilar esencial de su análisis político[55]. Sobre la

---

49 Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo,* 16.

50 «Ningún elogio es adecuado a tanta fama».

51 Leo Strauss, *¿Qué es la filosofía política?* (Madrid: Ediciones Guadarrama, 1970), 14.

52 Isaiah Berlin, «The Originality of Machiavelli», en *Against the Current. Essays in the History of Ideas* (New York: The Viking Press, 1979), 28-35.

53 Véase Alice Brown, *The Return of Lucretius to Renaissance Florence* (Cambridge: Harvard University Press, 2010); Paul Rahe, «In the Shadow of Lucretius»; Stephen Greenblatt, *The Swerve. How the World Became Modern* (New York: W.W. Norton & Co., 2011) y John Namejy (ed.), *The Cambridge Campanion to Machiavelli* (New York: Cambridge University Press, 2010).

54 Un buen ejemplo es el interesante número especial publicado por *The Review of Politics* (vol. 75, no.4 [2013]).

55 Véase Ernst Cassirer, *El mito del Estado* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993).

premisa de haber estado más interesado en los hechos de la realidad antes que los escenarios ficticios[56], esta corriente ha sugerido que el florentino inauguró una aproximación técnica de la política, no comprometida ni con la ética ni con consideraciones de orden religioso, anticipándose a Galileo en la aplicación del método inductivo[57].

En otra trinchera están los lectores en clave patriota, que comprenden a Maquiavelo como un apasionado agente que buscó unificar y recuperar la grandeza de Italia bajo los límites del Estado moderno. Su diagnóstico de una patria «sin amo y sin orden, golpeada, despojada y arrasada, sometida a todo tipo de desgracias»[58] habría motivado su exhortación a liberar el territorio de fuerzas extranjeras sobre la base de una organización política que emulara la nobleza de la antigua República romana[59]. Este discurso no habría sido expuesto abiertamente por la hostilidad que supuso para dos actores claves de la época: la Iglesia católica y la familia Medici[60].

Luego está la aproximación republicana que concibe a Maquiavelo como un continuador de los ideales de la tradición humanista ciceroniana, basados en el despliegue de la libertad bajo una estructura institucional de equilibrios de poder[61]. Esta corriente de interpretación —encabezada por la Escuela de Cambridge— afirma que el trabajo del florentino fue capital en tanto revitalizó la noción del republicanismo, constituyéndose como un antecedente directo de los procesos de movilización que posteriormente se inspiraron en este ideario político, como la revolución americana y francesa[62].

Un paso más allá están quienes conciben a Maquiavelo como un promotor de la democracia radical[63]. Sobre la base de los *Discursos*, este enfoque propone al florentino como un pensador populista y profundamente antielitista, preocupado de controlar a las élites y su permanente afán de dominación a través de la activa y directa participa-

---

56 Maquiavelo, *El Príncipe*, XV.

57 Leonardo Olschki, *Machiavelli The Scientist* (California: Gillick Press, 1945).

58 Maquiavelo, *El Príncipe*, XXVI.

59 Jean Jacques Rousseau, «El contrato social», en *Obras completas* (Madrid: Edimat, 2004), 103-108.

60 Berlin, «The Originality of Machiavelli», 89.

61 Skinner, *Maquiavelo*, 71-75.

62 J.G.A. Pocock, *The Machiavellian Moment* (Princeton: Princeton University Press, 1975).

63 Miguel Vatter, *Between Form and Event: Machiavelli's Theory of Political Freedom* (Dordrech: Kluwer Academic Publishers, 2000).

ción del pueblo en los asuntos de la ciudad[64]. Sugieren que la libertad es el valor fundamental de la teoría maquiaveliana y por tanto la condición de garante recaería en aquellos que desean no ser dominados: el pueblo.

Finalmente, están las lecturas de más larga data asociadas a cuestionar a Maquiavelo por su doctrina «inmoral e irreligiosa»[65]. De acuerdo a esta aproximación, el autor de *El Príncipe* habría predicado abiertamente máximas de gansterismo, justificando los abusos de poder en favor de los gobiernos déspotas y corruptos[66]. Leo Strauss, uno de los principales exponentes de esta línea, llegó a afirmar que la tiranía contemporánea tenía sus raíces en el pensamiento de Maquiavelo, dada la funcionalidad que les había proporcionado con su principio de que el fin, si es bueno, justifica los medios[67].

¿Por qué se suscitan lecturas tan disimiles? Hay quienes han atribuido la responsabilidad al propio autor por haber desarrollado una (aparente) teoría confusa y hasta contradictoria en sus términos. Acusan que su obra más célebre, *El Príncipe*, ponía como objeto de atención los principados y los usos del poder como mecanismo de dominación; en cambio, los *Discursos* enunciaban una defensa del ideario republicano fundado en la libertad. Por otro lado, existen intérpretes que han comprendido estas inconsistencias como un acto de deliberada voluntad de Maquiavelo, que habría escrito en clave esotérica como resistencia a la censura de su época[68]. Con todo, la explicación más plausible ante estos desajustes argumentales consiste en evaluar al florentino como un creador en tiempos de confusión, donde el objeto de su proyección política aún no adquiría forma ni materia definitiva. De ahí la complejidad de su legado. Por cierto, Maquiavelo escribió en los albores de la modernidad, enfrentando un desdibujado e incierto momento político producto del derrumbe de la idea de *imperium* de la Iglesia, que abrió opciones para la configuración de nuevos órdenes en la esfera política. En ese contexto, su interés en *El Príncipe* estuvo en prefigurar la idea del Estado como forma soberana y secular, hasta entonces en incipiente

---

64 John McCormick, «Machiavellian Democracy: Controlling Elites with Ferocious Populism», *American Political Science Review* 5, 2 (2001): 297-313 y más recientemente, del mismo autor, *Machiavellian Democracy* (New York: Cambridge University Press, 2011).

65 Leo Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1964), 12.

66 Jacques Maritain, «The End of Machiavellism», *Review of Politics* 4 (1942): 1-33.

67 Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo*, 14.

68 Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo*, 41-42, 49, 54.

proceso de construcción. Por otra parte, en los *Discursos*, Maquiavelo buscó delinear las bases de la organización interna de dicha unidad política (Estado), inspirándose en el modelo republicano de la antigua Roma. En consecuencia, su esfuerzo definitivo estuvo en reunir en una sola teoría estas dos nociones claves: Estado moderno y republicanismo, que hasta entonces resultaban incompatibles, pues las repúblicas antiguas no giraban en torno a la idea del Estado, ni el Estado como naciente agente de dominación admitía una modalidad de equilibrios de poder con amparo a la libertad como el republicanismo[69]. De tal modo, no es que el autor haya sido negligentemente contradictorio, sino que su aspiración de captar estas dos nociones y unificarlas en un nuevo orden político yacía sobre frágiles cimientos conceptuales, lo que hacía altamente compleja su tarea.

El Príncipe: polémicas y legado en su quinto centenario

No cabe duda de que la obra de Maquiavelo con mayor fuente de polémicas es *El Príncipe*, breve opúsculo que compuso en la amargura de su exilio y que se publicó pocos años después de su muerte. En este texto, uno de los tres más leídos en la historia del pensamiento político junto a la *República*, de Platón, y el *Manifiesto Comunista*, de Marx[70], Maquiavelo propuso un conjunto de técnicas de poder orientadas a adquirir o conservar principados desde una aproximación realista y ajena a las ataduras de orden normativo. Con un método y tono empírico, y con un «lenguaje ausente de psicologías y teologías cristianas»[71], justificó la supremacía de los fines por sobre los medios, generando una ruptura con la tradición monista de Occidente al separar la ética y la política. Si antes la primera subordinaba a la segunda, con Maquiavelo ambas esferas comenzaron a convivir de manera autónoma. Con ello, el campo de la política adquiría lógicas propias, relativizando lo bueno o lo malo según lo dictado por las circunstancias y la necesidad[72]. De este modo aconsejó al príncipe a «aprender a no ser bueno» y a no preocuparse «de incurrir en la infamia de aquellos vicios [avaro, cruel, traidor, soberbio, feroz] sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado»[73].

---

69 Diego Sazo, «Maquiavelo: republicanismo radical y poder constituyente», entrevista a Miguel Vatter, *Revista Pléyade* 12, no. 2 (2013).

70 Sazo, «Maquiavelo: republicanismo radical y poder constituyente».

71 Berlin, «The Originality of Machiavelli», 97.

72 Maquiavelo, *El Príncipe*, XV, 109.

73 Maquiavelo, *El Príncipe*, XV, 110.

Sin mediar mucho tiempo sus máximas generaron un escándalo pocas veces visto, a pesar de que su crudo y despiadado realismo —como afirma Isaiah Berlin— había tenido equivalencia en figuras del pasado:

> Personajes de la Biblia como Jacob, Josué o David, el consejo de Samuel a Saúl, el diálogo meliano de Tucídides, las filosofías de Trasímaco y Calicles en Platón, la recomendación de Aristóteles a los tiranos en su política, los discursos de Carneades al Senado como lo describe Cicerón, la opinión de Agustín sobre el estado secular desde una posición ventajosa y de Marsilio desde otra, todos ellos habían arrojado suficiente luz sobre las realidades políticas[74]

Maquiavelo volvía a enunciarlas ahora en un libro y en su nombre propio[75]. Quizás por eso su apellido llegó a derivar en adjetivo calificativo, denotando aspectos inmorales de comportamiento asociados a malas prácticas, engaños y simulación. Lo cierto es que a dos décadas de su publicación, *El Príncipe* fue condenado por el Concilio de Trento, ingresando al *Index* de obras prohibidas por la Iglesia (1552) y dando inicio a un asedio permanente, con énfasis en los siglos que le siguieron.

Algunos ejemplos: el cardenal Reginald Pole acusaría a Maquiavelo de «enemigo de la humanidad», afirmando que su obra había sido escrita «por la mano de Satanás», mientras que los jesuitas de Baviera lo sindicaron como «un hombre trapacero y astuto, un inventor de diabólicos sistemas y el mejor auxiliar del peor demonio»[76]. Luego, en el siglo XVII se desarrollaría una corriente tratadista, inscrita en la filosofía política barroca, que arremetería contra los enunciados maquiavelianos: aquí destacaron autores como Giovanni Botero y religiosos como Pedro de Rivadeneyra. Durante el siglo de la Ilustración el ataque vino del rey Federico II de Prusia, que con ayuda de Voltaire, escribió *El antimaquiavelo*, obra que refuta capítulo a capítulo los planteamientos de *El Príncipe*, buscando erigir una figura distinta de gobernante. Pocas décadas después el enciclopedista Diderot afirmaría que el florentino fue «un infame apologista de la tiranía»[77]. En el siglo XX, las expresiones de repudio a su legado político no estuvieron ausentes: ya mencionamos el caso de Leo Strauss que lo tildó de «maestro del mal»;

---

74 Berlin, «The Originality of Machiavelli», 86.

75 Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo*, 10.

76 Rodrigo Borja, *Enciclopedia de la política* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997), 616.

77 Borja, *Enciclopedia de la política,* 616.

también aparece Jacques Maritain y la filósofa Hanna Pitkin, que ha denunciado que la lucha de la *virtù* maquiaveliana para doblegar a la *fortuna*, revestida de rasgos femeninos y seducida por la virilidad, la osadía y demás cualidades masculinas, es una intolerable muestra de machismo, excluyente y brutal[78].

Pero más allá del escándalo, *El Príncipe* adquiere vital importancia porque se reconoce en él la modernidad de Maquiavelo, tanto porque se libera de la metafísica tradicional como porque prefigura los contornos de lo que hoy llamamos Estado moderno, soberano y secular. En sus líneas hay un anticipo de lo que serán los nuevos modos de organización política, basados en la especificidad del poder, la jurisdicción sobre un territorio y el monopolio legítimo de la fuerza, que rigen y norman hasta nuestros días. Su ruptura con el mundo medieval lo asemeja a otros grandes personajes de su época: lo que Colón fue para la geografía, Leonardo da Vinci para la pintura y Galileo para la astronomía, Maquiavelo lo fue para la política. He ahí la relevancia y la condición clásica de su obra, que nos habla a través de los siglos y nos dice cosas que todavía tienen sentido.

La revolución de Maquiavelo

En la tradición del pensamiento político el concepto de *revolución* posee más de un significado, constituyéndose como una palabra polisémica. La diferencia en sus significantes está condicionada a la noción de temporalidad que se atribuye a cada uno de los casos. En el sentido clásico del término, *revolución* denotó el giro o vuelta de un objeto sobre un determinado eje, vinculándose a una concepción cíclica de los eventos humanos, donde el desplazamiento implicó un retorno hacia el punto de origen. Como afirma Arendt, en la Antigüedad desconocían el sentimiento de continuidad temporal, pues sabían que los asuntos humanos estaban sometidos a un cambio constante, pero que nunca producían algo enteramente nuevo[79]. En el sentido moderno, en contraste, el concepto de *revolución* adquirió una nueva variante, concebida como el proceso que da nacimiento a una realidad completamente nueva y que constituye un cambio radical respecto del punto de origen. En este caso, la noción del tiempo adquiere una modalidad lineal, sien-

[78] Hanna Pitkin, *Fortune is a Woman. Gender and Politics in the Thought of Niccolo Machiavelli* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1984).

[79] Hannah Arendt, *Sobre la revolución* (Madrid: Alianza Editorial, 2009), 35.

do el desplazamiento una alteración de la historia, que comienza súbitamente de nuevo de manera singular e irrepetible[80].

¿En cuál de estas dos concepciones se inscribe Maquiavelo? Proponemos que su obra establece una tercera opción, que combina elementos de ambos significantes y configura una noción alternativa de revolución. En términos del sentido clásico, Maquiavelo formuló un retorno a las ideas del pasado, buscando revivir el espíritu de los antiguos; admiraba la República romana, su organización, grandeza y valor por la libertad, que contrastaba fuertemente con la frágil e inestable situación política de la Florencia medicea[81]. Sin embargo, su recuperación de aspectos del pasado lo hizo con modificaciones a la luz de su tiempo y su propia experiencia, creando nuevos órdenes y modos de racionalidad política. Su revisita no fue en términos arqueológicos, donde los conceptos y modelos no sufrieron intervención a partir de su estado original; más bien fue en términos nietzscheanos, al realizar una transvaloración de los conceptos donde conservó su forma pero alteró profundamente su contenido[82]. Desde esta perspectiva, la noción maquiaveliana de temporalidad esquiva la forma cíclica o lineal y asume una de tipo helicoidal[83], donde el desplazamiento desde el punto de origen se produce hacia otro a través de curvas cuyas tangentes forman un ángulo constante. Es decir, la revolución de Maquiavelo es una síntesis de continuidad y cambio, pues su giro se proyecta y configura en función del espíritu pasado, aunque no asume sus contenidos, sino más bien los altera para producir un genuino orden político ante el advenimiento de una nueva época.

¿Cuáles son las dimensiones que revolucionó Maquiavelo? Los estudiosos de su obra han identificado múltiples campos, aunque todavía no coinciden en una respuesta categórica. Con todo, los ámbitos de mayor impacto corresponden a las esferas política, ética, filosófica, religiosa y conceptual. Sobre el primer caso, es claro que Maquiavelo delineó un nuevo ordenamiento político tras la disgregación medieval del poder, al reconfigurar elementos de la República romana y el imperio cristiano y dar forma a la unidad política que hoy conocemos como Estado moderno, de carácter soberano y secular. Como han afirmado

---

80 Arendt, *Sobre la revolución*, 34.

81 De ahí su célebre lamento: «Nada nos ha quedado de aquella antigua virtud, no puedo evitar que aquello a la vez me asombre y me duela». Maquiavelo, *Discursos*, Libro I, Proemio, 50.

82 Steven Smith, «New Modes and Orders: Machiavelli, *The Prince*», en *Introduction to Political Philosophy* (Open Yale Courses, 2006), 9.

83 En términos geométricos, la figura corresponde a una hélice.

algunos, Maquiavelo como ningún hombre de su época vio con tanta claridad la dirección que estaba tomando en toda Europa la evolución política[84].

En el plano de la ética, su revolución estuvo en separar la política de la moral convencional, producto de la incompatibilidad de fines de cada una; sugirió que mientras esta moral evaluaba las acciones en términos individuales, la política lo hacía de manera colectiva, preguntándose más sobre la utilidad política de los hechos antes que del valor intrínseco de los actos (aunque no todo fin justificaba los medios)[85]. Con esta preocupación, Maquiavelo recuperó la importancia que los moralistas romanos concedieron al tema, pero adaptó su contenido a una dimensión de flexibilidad moral donde la política adquiría un ámbito específico[86], con reglas y criterios de evaluación propios. Así, mientras Cicerón cuestionó el asesinato de Remo y afirmó que no admitía perdón, Maquiavelo señaló que fue una prudente y legitima decisión de racionalidad política.

A nivel filosófico, el florentino fundó intelectualmente una nueva forma de estudiar la política, basada en el análisis histórico y en el peso de las circunstancias específicas, donde lo conveniente adquirió mayor protagonismo en desmedro de las verdades a-históricas[87]. Si bien admirador y recurrente evocador de la tradición clásica, restó importancia a las consideraciones sobre los fines trascendentes abordados por autores como Platón o Aristóteles.

Respecto a la religión, Maquiavelo relegó su tradicional valor intrínseco a un mero plano instrumental de disciplinamiento y dominación de los hombres[88]. Con todo, reivindicó la antigua religión de los romanos por sobre la fe cristiana, dada su utilidad para fomentar valores acordes a la virtud cívica de los hombres, como la grandeza de ánimo, la disciplina y la fortaleza de cuerpos[89].

---

84 George Sabine, *Historia de la teoría política* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987), 252.

85 Véase el trabajo de Carlos Miranda incluido en este libro: «Maquiavelo y la ética de la responsabilidad política».

86 Skinner, *Maquiavelo*, 30.

87 Gonzalo Bustamante, «Maquiavelo: ¿Filosofía versus Historia?», en *La revolución de Maquiavelo*, editado por Diego Sazo (Santiago: CAIP-UAI-RIL Editores, 2013).

88 Luis Oro, «A propósito de los principados eclesiásticos en Maquiavelo», en *La revolución de Maquiavelo*, editado por Diego Sazo (Santiago: CAIP-UAI-RIL Editores, 2013).

89 Skinner, *Maquiavelo*, 92.

Finalmente, a nivel conceptual, el autor de *El Príncipe* revitalizó nociones centrales del pasado romano, que tras el período medieval, habían disminuido su relevancia en la escena política (como el republicanismo y la libertad) o bien se habían sometido a los designios de la religión (virtud). Lo hizo a través de una resignificación de los conceptos, dotándolos de contenido funcional a sus aspiraciones y proyecto político. Por ejemplo, mientras en Roma la noción de republicanismo se remitió fundamentalmente a una modalidad de gobierno, en la perspectiva maquiaveliana representó una forma de organización política que, circunscrita en la territorialidad y monopolio de la fuerza de un Estado, otorgaba las condiciones más óptimas para el despliegue de la libertad, la seguridad y la prosperidad. Asimismo, la noción de virtud, asociada desde Cicerón[90] y la tradición cristiana a una entidad supratemporal, con Maquiavelo devino en una cualidad impregnada de temporalidad y circunstancialidad.

En una época de inventos y descubrimientos, donde comenzó la proliferación de áreas independientes de investigación[91], Maquiavelo asomó como la figura representativa de la esfera política. Lo particular es que siempre supo la magnitud de su condición, pese a las hostiles señales de su adversa fortuna, que en gran parte de su vida lo relegó a la condición de espectador, siendo incapaz de influir en los procesos políticos de su Florencia. Por eso comparó su proyecto con la apertura de un nuevo mundo, similar a lo hecho por Cristóbal Colón unas décadas antes. Así, en el prefacio de los *Discursos*, afirmó:

> Aunque por la naturaleza envidiosa de los hombres encontrar nuevos métodos y ordenamientos haya sido siempre tan peligroso como la búsqueda de aguas y tierras desconocidas […]. He decidido tomar *un camino* que, por *no haber sido recorrido todavía por nadie*, si me puede provocar fastidios y dificultades, también puede darme el premio de quienes consideren humanamente la finalidad de estos mis trabajos[92].

Al abrir este sinuoso camino, de especificidad y autonomía de la política, Maquiavelo adquirió inevitablemente la condición de autor clásico, en tanto sus preceptos nos continúan siendo vigentes para la

---

90 Cicerón, *Sobre los deberes* (Madrid: Tecnos, 2002).

91 Wolin, *Política y perspectiva*, 247-251.

92 Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (Buenos Aires: Losada, 2004), Libro I, Proemio, 49. La cursiva es mía.

compresión de fenómenos políticos, a pesar de la distancia entre su tiempo y el nuestro.

Bibliografía

Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza Editorial, 2009.

Atkinson, James B. y Davis Sices. *Machiavelli and His Friends: Their Personal Correspondence*. DeKalb: Northern Illinois Press, 2004.

Barceló, Joaquín. «Selección de escritos teórico-políticos del humanismo italiano», *Estudios Públicos*, no. 45 (1992).

Berlin, Isaiah. «The Originality of Machiavelli». En *Against the Current. Essays in the History of Ideas*. New York: The Viking Press, 1979.

Borja, Rodrigo. *Enciclopedia de la política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

Brion, Marcel. *Maquiavelo*. Barcelona: Vergara, 2003.

Brown, Alice. *The Return of Lucretius to Renaissance Florence*. Cambridge: Harvard University Press, 2010.

Bustamante, Gonzalo. «Maquiavelo: ¿Filosofía versus Historia?». En *La revolución de Maquiavelo*, editado por Diego Sazo (Santiago: CAIP-UAI-RIL Editores, 2013).

Cassirer, Ernst. *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Chabod, Federico. *Escritos sobre Maquiavelo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Cicerón. *Sobre los deberes*. Madrid: Tecnos, 2002.

Gilbert, Felix. *Machiavelli & Guicciardini. Politics and History in Sixteenth Century Florence*. New York: W. W. Norton and Company, 1984.

Greenblatt, Stephen. *The Swerve. How the World Became Modern*. New York: W.W. Norton & Co., 2011.

Maquiavelo, Nicolás. *Maquiavelo, Antología*. Barcelona: Ediciones Península, 1987.

_____. *El Príncipe*. Madrid: Espasa Calpe, 2003.

_____. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Buenos Aires: Losada, 2004.

_____. *La mandrágora*. Madrid: Tecnos, 2008.

_____. *Textos literarios*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2010.

_____. *Obras completas*. Madrid: Gredos, 2010.

Maritain, Jacques. «The End of Machiavellism», *Review of Politics* 4 (1942): 1-33.

McCormick, John. «Machiavellian Democracy: Controlling Elites with Ferocious Populism», *American Political Science Review* 5, no. 2 (2001): 297-313.

_____. *Machiavellian Democracy*. New York: Cambridge University Press, 2011.

Namejy, John (ed.). *The Cambridge Campanion to Machiavelli*. New York: Cambridge University Press, 2010.

Nederman, Cary. *Machiavelli. A Beginner's Guide*. Oxford: Oneworld Publications, 2009.

Olschki, Leonardo. *Machiavelli The Scientist*. California: Gillick Press, 1945.

Oro, Luis. «A propósito de los principados eclesiásticos en Maquiavelo». En *La revolución de Maquiavelo*, editado por Diego Sazo (Santiago: CAIP-UAI-RIL Editores, 2013).

Pitkin, Hanna. *Fortune is a Woman. Gender and Politics in the Thought of Niccolo Machiavelli*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1984.

Pocock, J.G.A. *The Machiavellian Moment*. Princeton: Princeton University Press, 1975.

Rahe, Paul. «In the Shadow of Lucretius: The Epicurean Foundations of Machiavelli's Political Thought», *History of Political Thought* 28, no. 1 (2007): 30-55.

Rousseau, Jean Jacques. «El contrato social». En *Obras completas*. Madrid: Edimat, 2004.

Sabine, George. *Historia de la teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

Sazo, Diego. «Maquiavelo: republicano radical y poder constituyente», entrevista a Miguel Vatter, *Revista Pleyade* 12, no. 2 (2013).

Skinner, Quentin. *Maquiavelo*. Madrid: Alianza Editorial, 2008.

Smith, Steven. «New Modes and Orders: Machiavelli, *The Prince*», en *Introduction to Political Philosophy*. Open Yale Courses, 2006.

Strauss, Leo. *Meditación sobre Maquiavelo*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1964.

_____. *¿Qué es la filosofía política?* Madrid: Ediciones Guadarrama, 1970.

_____. «Nicolás Maquiavelo». En *Historia de la filosofía política*, compilado junto a Joseph Cropsey. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Vatter, Miguel. *Between Form and Event: Machiavelli's Theory of Political Freedom*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 2000.

_____. *Machiavelli's The Prince. A Reader's Guide*. London: Bloomsbury, 2013.

Viroli, Maurizio. *La sonrisa de Maquiavelo*. Barcelona: Tusquets Editores, 2002.

Vivanti, Corrado. *Maquiavelo. Los tiempos de la política*. Buenos Aires: Paidós, 2013.

Wolin, Sheldon. *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

LA REVOLUCIÓN DE
MAQUIAVELO
EL PRÍNCIPE 500 AÑOS DESPUÉS

La lucha por la interpretación de Maquiavelo sigue vigente. Como afirmó alguna vez Isaiah Berlin, existen al menos veinte lecturas disímiles sobre su pensamiento, número que continúa creciendo al conmemorarse 500 años de su obra más reconocida. Hay quienes lo consideran un científico de la política, otros un promotor del republicanismo, algunos un defensor del pueblo o, por el contrario, simplemente un despreciable consejero de tiranos. La mayor fuente de polémicas la concita *El Príncipe*, opúsculo que compuso en la amargura de su exilio (1513) y que desató una crítica visceral que se extiende hasta nuestros días.

¿Cuál es la importancia de *El Príncipe*? ¿Qué explica que sea uno de los libros más leídos en la historia de la teoría política? En sus líneas Maquiavelo navegó contra la corriente: liberó a la política de la metafísica tradicional y prefiguró los contornos de lo que hoy llamamos Estado, de carácter soberano y secular. Con ello abrió las puertas de la modernidad política. Su método también fue revolucionario, pues emprendió un original retorno a los clásicos, resignificando los conceptos de libertad, república, virtud y fortuna.

Este libro expone y confronta ideas heterodoxas sobre diversas dimensiones del pensamiento de Maquiavelo, entregando luces y nuevas aproximaciones acerca del legado de uno de los autores políticos más importantes en la historia moderna de Occidente.

Escriben

Gonzalo Bustamante · Tomás Chuaqui · Óscar Godoy
Sebastián Guerra · Daniel Mansuy · Carlos Miranda
Leonidas Montes · Luis Oro · Ely Orrego
Ernesto Rodríguez · Diego Rossello
Miguel Saralegui · Diego Sazo · Miguel Vatter

RiL editores

CREATIVE COMMONS

ISBN 978-956-01-0038-2
9 789560 100382